

CUENTO

PRIMER LUGAR.

¿En qué pedos te metes, Celestina?

por Juan Carlos Bautista Martínez

Celestina es una chava que conocí en C.U. cuando iba saliendo del "Ché Guevara" con mi cara de intelectual orgásmico, perdido en el espacio luego de haber escuchado a Julio Cortázar aventar unos rollos acerca de Nicaragua y la Revolución. La cabrona estaba agarrándose del chongo con unos cuates que vendían libros del escritor argentino en el pasillo del auditorio, diciéndoles que eran unos oportunistas, unos simoniacos, mercaderes en el templo, jodidos, hijos de la Chingada, y no sé cuántas cosas más. Había bastantes chavos rodeando la escena, y algunos hasta la aplaudían cuando lanzaba la trilla en contra de la cultura mercantil y acusaba a los pobres monos de los libros (corbatita y saco café) de ser los enemigos directos de la cultura popular, propiciadores del elitismo erige-vacas, etc. Yo me quedé parado, impresionado con la personalidad tan poca madre de la chava, qué temperamento, qué modo de argumentar (bueno, la verdad es que los simoniacos ni la pelaron), qué ideas tan fregonas, qué culo, caray.

Decía que los mercaderes ni la fumaron. Pues sí; estos en cuanto vieron que la mayor parte de la gente había abandonado el auditorio, recogieron sus libritos, los metieron en una cajas de huevo Santa Clara, y le pusieron movimiento al patín. La pobre Celestina se quedó pendeja cuando la dejaron gritando sola (porque tanto los jodidos como los mirones se fueron), y dijo, mientras se sobaba las manos en los jeans, como ha de haber dicho Espartaco al ver que se dispersaba su ejército de esclavos:

— Pues vayan a chingar su madre.

Sorbio un moco ruidoso y revisó el lugar. Al voltear algo así como 78 grados a la derecha, que me ve.

— Y tú, ¿qué haces ahí como pendejo?

Mi primera intención fue decirle que estaba admirado de su intelectualidad o de su combatividad o algo así. La verdad es que le dije:

— Estaba pensando que tu ano ha de ser una cárdena anémona marina cuando aplica el esfínter.
Ella me miró con ojos de vaca parturienta.

— ¿Eres poeta o algo así?
— Maricón
— ¡Ay devereas!
— Ni madres qué.

La segunda vez que la vi yo estaba leyendo un libro de comentarios al Capital en el Campus Universitario cuando llegó ella, se sentó a mi lado y me dijo un poema en francés rapidísimo del que lo único que entendí fue: esperma.

Sobre el pasto habían regado cal, me imagino que para eliminar las hormigas. Ella vió la regazón y se le ocurrió decir que ahí debía de haber estado sentado un grupo de albañiles comiendo tortas y que, por lo visto, se habían echado algunos pedos.

Yo me rei mucho.

Pero ella lo estaba tomando en serio. Me dijo que eso no era sino demostración de la injusticia social, de la desigualdad entre los hombres, de la explotación, que en Cuba no habría pasado eso, mucho menos en la URSS, que los albañiles se reivindicarían (ya cállate, pendeja) y hasta tal vez les harían un supercomedor en medio de Ciudad Universitaria, y que el rector sería mesero. Me dijo: —Todo esto es una injusticia. O ¿acaso tú has visto pedos de cal en las sillas del Mediterráneo, el Mesón del Perro Andaluz, o, ya de perdis, en algún Sanborns.

— No, pus no.
— A verdá-verdá. Y, a ver porqué.
— Será que no tienen hormigas— le respondí.

La tercera vez que la vi fue catastrófico.

En el barrio donde vivo un grupo de vecinos había organizado un festival para recaudar fondos que se destinarían a obras de bien común. Entre sus "atractivos" se encontraba un concurso de belleza al cual me invitaron a participar como juez. A pesar de mi desprecio por ese tipo de actos, me convencieron y ahí estaba yo, en medio de un jurado de rucos panzones y lujuriosos, descalificando a cuanta chava le temblara la nalga al caminar.

De repente, al fondo, alguien empezó a gritar obscenidades.

— Mujeres, ¿qué están haciendo aquí, exhibiéndose como ganado? No sean tarugas, no se dejen utilizar por el macho. Acabemos con la desigualdad de los sexos. Mejor que se encueren ellos y desfilen para nosotras.

— Ni dios lo quiera— dijo una viejita de chal negro.

Cuando levanté la vista y vi quien era, lo único que supe decir fue: en la madre. Y me traté de escabullir hasta la salida, cuando, a punto de lograr el triunfo, ella, Celestina, me salió al paso.

— Y tú, ¿qué haces aquí?

— Vine a poner una bomba molotov.

Y otra vez el rollísimo: Que estas degradaciones tribales ofendían a la mujer, que la cosificaban, que los hombres no teníamos madre, pinches machos ojetes, pero que todo cambiaría y la mujer recuperaría su papel, y su cuerpo, y su deseo y no sé cuántas cosas más.

— Eso me parece muy bien— le dije—. Vamos acostarnos, ¿no?

— Estos concursitos son degradantes, son asquerosos, la última manifestación del Capitalismo.

— Sí, pero vamos a la cama ¿no?

Para qué le dije nada. Empezó a darme de macanazos con un morral de Oaxaca lleno de libros gordos.

— Mugre macho, nada más estás pensando en coger, ¿qué no puedes pensar en otras cosas?

— Pero si eso es muy normal. Pregúntale a Freud.

Todavía me perdiguó con el morral como media cuadra más. Luego se paró y me dijo:

— Está bien. Pero que no sea en volkswagen.

Esa fue la tercera vez que la vi y le contesté que ahora ni madres. La última vez que me la topé fue en un mercado. Le decía a los marchantes que abandonaran sus puestos y fueran a pelear ya por la dictadura del proletariado. Celestina ha de haber terminado ahí mismo su carrera política. La pobre recibió una lluvia de fruta y verdura podridas. Adivinen quién aventó el primer guayabazo.



Ehecatl